



El siguiente triunfo no era menos maravilloso que el primero, porque tenía las cuatro ruedas y sus radios y su espacio intermedio de ágata oscura sembrada aquí y allá de pequeñas vetas blancas. Ciertamente no fue tan bella la que llevaba el rey Pirro, que representaba a las nueve musas y a Apolo tocando en medio de ellas y que había sido trabajada por la naturaleza. Su eje y su forma eran como las del primer carro, pero tenía las tablas de zafiro azul oriental, sembrado de chispitas de oro, piedra gratísima a las artes mágicas y muy estimada por Cupido si se lleva en la mano izquierda. En la tabla derecha vi esculpida una noble matrona que había parido dos huevos en la alcoba regia de un palacio admirable, acompañada por las parteras estupefactas y por muchas matronas y

ninfas que estaban allí presentes; de uno de los huevos salía una llamita y del otro dos hermosísimas estrellas.

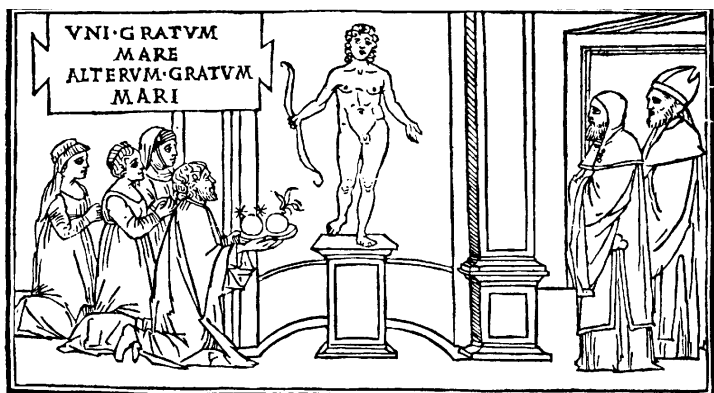


TABLILLA DERECHA

En la otra tablilla los padres curiosos, no sabiendo el significado del prodigio, interrogaban devotamente por medio del oráculo a la imagen de Apolo en su templo. El benigno numen les respondía oscuramente: «A uno le será grato el mar, el otro será grato al mar.» A causa de esta ambigua respuesta, los huevos fueron conservados por los piadosos padres.¹⁴⁰

TABLILLA IZQUIERDA

En el frente anterior se veía un bellissimo niño Cupido volando por el aire y grabando fuertemente con la hiriente



punta de una flecha de oro, en el cielo cuajado de estrellas, varias figuras de animales, cuadrúpedos, reptiles y aves. Y en la tierra estaban los humanos admirando el gran efecto de una flechita tan frágil.¹⁴¹ En el frente posterior, el gran Júpiter ponía en su lugar como juez a un ingenioso pastor, al que había despertado de su sueño junto a una bellísima fuente, donde estaba juzgando a tres hermosísimas diosas desnudas. Y el pastor, seducido por el artero Cupido, concedía la manzana a la bellísima madre de este.¹⁴²

PARTE ANTERIOR Y POSTERIOR

Arrastraban este carro triunfal, unidos por parejas, seis elefantes blancos cuales no se encontrarían en la patria de Agisinua ni entre los Gándaros, ni animales semejantes arrastraron el carro triunfal africano del gran Pompeyo ni los del triunfo del padre Líber cuando subyugó la India. Tenían la trompa armada por los ebúrneos y peligrosos colmillos, y con suave bramido arrastraban el carro por



medio de ligaduras de fina seda teñida de azul, trenzada bellísimamente con hilos de oro y plata unidos en apretadísimos nudos en forma de espigas como las que se ven en el monte Gargano, que pasaban a través de unos anillos de oro sujetos a las gualdrapas, que eran asimismo de oro y cubiertas por multitud de relucientes y diversas gemas. También estos eran cabalgados por seis tiernísimas muchachas semejantes a las primeras, que tocaban diferentes instrumentos, armonizados en una óptima melodía. Dos de ellas iban vestidas de rojo, dos de reluciente amarillo, como el color interno de la flor del ranúnculo, y dos de púrpura violácea. Las gualdrapas de los elefantes eran de oro y estaban orladas de gruesas perlas y adornadas lujosamente con otras gemas. Rodeaban sus cuellos redondas y grandes piedras preciosas, y sobre la amplia frente colgaba una magnífica borla de perlas admirables con un gran fleco de hilos de seda de oro, que se movía al caminar.



Sobre este vehículo soberbio y triunfal vi un cisne blanquísimo entre los amorosos brazos de una ilustre ninfa, hija de Teseo,¹⁴³ de increíble belleza, que besaba el divino pico del pájaro; este, situado entre las delicadas y níveas piernas, con las alas gachas tapaba las partes desnudas de la noble señora, y ambos estaban plenteramente unidos, entregados a deleites divinos y voluptuosos. Ella se sentaba cómodamente sobre dos almohadones de tejido de oro, exquisitamente rellenos de suave lana, con todos los adornos adecuados. Llevaba un sutil vestido de ninfa, de seda blanquísima tejida con oro, resplandeciente, adornado elegantemente en los lugares convenientes con piedras preciosas. A este carro no le faltaba

nada que contribuyera al incremento de su belleza y era sumamente hermoso y grato a quienes lo veían, digno de alabanza y aplauso, con todas las partes que fueron descritas en el primero.



Le seguía el tercer triunfo celeste, con las cuatro ruedas de crisólito etíope llameante de chispas de oro, piedra que pone en fuga a los demonios malignos cuando se pasa sobre la piel de un asno, y es favorable al que la lleva en la mano izquierda. Sus tablillas, unidas a su alrededor del modo que ya dije, eran de verde heliotropo de Chipre, punteado de gotitas de color de sangre, que tiene poder sobre las luces del cielo, protege al que lo lleva y le confiere la facultad de la adivinación.

La tablilla derecha tenía esculpida la siguiente es-

cena: un hombre noble, de porte regio, preguntaba en un templo a una imagen divina por el porvenir de su hermosísima hija. Oyendo que por su causa sería arrojado del trono, hizo una gran torre de recia estructura y la encerró en ella, poniéndole gran vigilancia para que nadie la preñase. La muchacha, estando ociosa en ella, veía con gran placer que unas gotas de oro caían en su seno virginal.¹⁴⁴



En la otra tablilla estaba figurado un noble joven, que recibía con gran devoción la protección de su escudo de cristal y, valeroso, decapitaba con su cortante espada a una mujer espantosa y en señal de victoria llevaba orgullosamente su cabeza, de cuya sangre nacía un caballo alado, que, volando a la cumbre de una montaña, hacía brotar con el casco una fuente misteriosa.¹⁴⁵

En la cara anterior se veía al poderoso Cupido que, dirigiendo su flecha áurea hacia los cielos estrellados, hacía llover amorosamente gotas de oro, contemplado por una estupefacta muchedumbre de personas de toda



condición, heridas. En la parte opuesta vi a Venus airada, liberada junto con un guerrero¹⁴⁶ de una red mágica, que había cogido a su hijo de las alas para vengarse y le quería desplumar; ya tenía un puñado de plumitas en la mano y el niño lloraba. Un dios con alas en los pies, enviado por el excelso Júpiter, que estaba sentado en su trono, le liberaba de los castigos de su madre y luego se lo presentaba al dios. Y el benévolo Jove le decía en lengua ática estas palabras, que estaban egregiamente esculpidas cerca de su boca divina: ΣΥ ΜΟΙ ΓΛΥΚΥΣ ΤΕ ΚΑΙ ΓΙΚΡΟΣ,¹⁴⁷ y lo cubría bajo su celeste clámide.

PARTE ANTERIOR Y POSTERIOR

Arrastraban a este carro con gran pompa seis ferocísimos unicornios, que tienen la cornuda frente de ciervo y reverencian a la gélida Diana,¹⁴⁸ atados por el vigoroso pecho equino con un adorno de oro y abundantes pie-